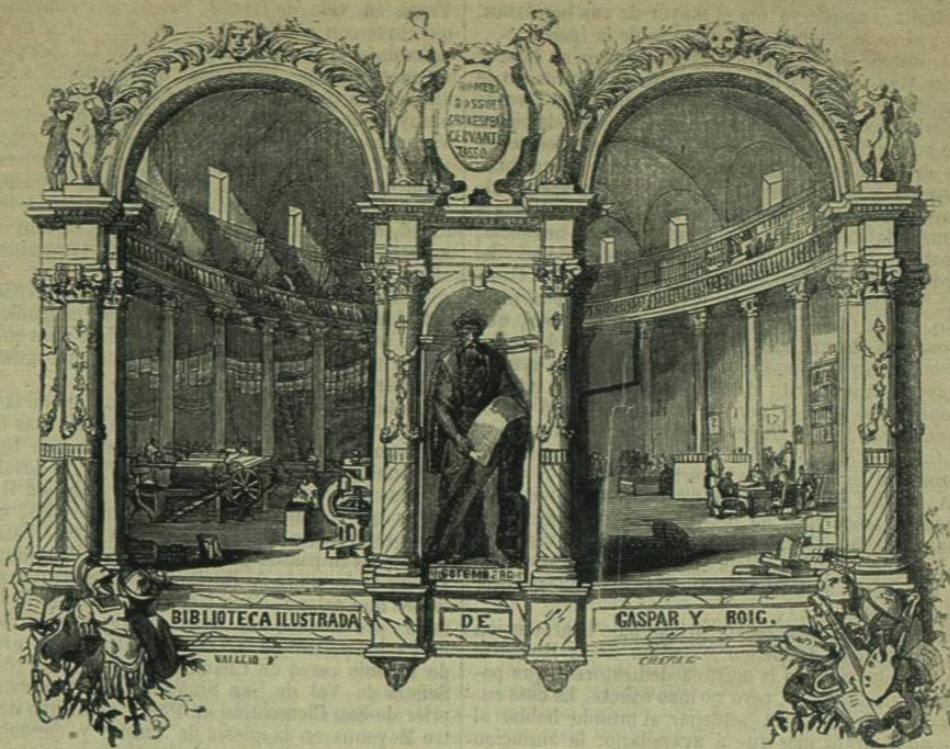


annos grande mortalis aevi spatium.» Nadie me eera, no siendo tal vez algunas sobrinas segundas acostumbadas á los cuentos de su anciano tio. El tiempo ha transcurrido; he visto morir á Luis XVI y á Bonaparte; cosa de burlas parece vivir despues de esto. ¿Qué hago en el mundo? Triste es permanecer en él cuando el cabello no cae ya lo bastante sobre el rostro para enjugar las lágrimas que se deslizan de los ojos. Hubo un tiempo en que manchaba papel con mis hijas, Atala, Blanca, Cimodocea; quimeras que han

ido á buscar á otra parte la juventud. En el cuadro del Diluvio, último trabajo del Pusino, se advierten algunas líneas indecisas; estos defectos del tiempo hermosan la obra maestra del gran pintor; pero á mi no me disculparán; yo no soy el Pusino; no habito en las márgenes del Tiber y tengo un sol malo. En otro tiempo pude imaginarme la historia de Amelia: ahora estoy reducido á bosquejar la de Rancé: he mudado de númen mudando de años.



VIDA DE RANCE

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

Fr. Pedro Le Nain, religioso y prior de la abadía de la Trapa, hermano del gran Tillemont, y casi tan sábio como él, pasa por el historiador mas completo de Rancé. En estos términos empieza la vida del abad reformador:

«El ilustre y piadoso abad del monasterio de Nuestra Señora de la Trapa, uno de los mas preciosos monumentos de la órden del Cister, el espejo perfecto de la penitencia, el modelo acabado de todas virtudes cristianas y religiosas, el digno hijo y fiel imitador del gran San Bernardo, el reverendo padre Fr. Armando Juan Le Bouthillier de Rancé, cuya historia vamos á acometer con el auxilio del cielo, nació en París el 9 de enero de 1626, de una de las mas antiguas y nobles familias del reino. Nadie ignora que esta familia dió á la Iglesia el ilustrísimo señor Víctor Le Bouthillier, obispo de Bolonia, que luego fue arzobispo de Tour y primer limosnero del señor duque de Orleans; el ilustrísimo señor Sebastian Le Bouthillier, obispo de Aire, prelado de singular piedad; y al Estado Claudio Le Bouthillier, señor de Pons y de Foligny, que fue primeramente consejero en el Parlamento de París, luego secretario de Estado, y algunos años despues superintendente de la Hacienda, y tesorero mayor de las órdenes del rey. Esta familia, oriunda de Bretaña y emparentada con los duques de esta provincia, recibió nuevos timbres de nobleza con la santidad del hombre cuya vida vamos á escribir.

»Llamábase su padre Dionisio Le Bouthillier, y era señor de Rancé, relator en el consejo de Estado, presidente en el tribunal de cuentas y secretario de la reina María de Médices. Fue su esposa Carlota Joly, de quien tuvo ocho hijos, cinco hembras, que casi todas tomaron el velo, y tres varones. El primogénito, Dionisio Francisco Le Bouthillier, fue canónigo de Nuestra Señora de París; el segundo fue nuestro digno abad; el tercero es el caballero de Rancé que sirvió á S. M. en calidad de capitán del puerto de Marsella y jefe de escuadra.

»Como nuestro abad habia sido bautizado en la casa de su padre, sin las ordinarias ceremonias de la Iglesia, supliéronse estas el 30 de mayo de 1627 en la parroquia de San Cosme y San Damian. El eminentísimo cardenal de Richelieu fue su padrino y le puso el nombre de Armando Juan; su madrina fue María de Fourcy, esposa del marqués de Effiat, superintendente de la Real Hacienda.»

Ese es el principio de la narracion del P. Le Nain; el desierto se regocija, el reformador de la Trapa se manifiesta al mundo entre Richelieu, su protector, y Bossuet su amigo. Preciso era que fuese grande el sacerdote para no eclipsarse entre sus acólitos.

El hermano mayor de Rancé, Dionisio Francisco, el canónigo de Nuestra Señora, era desde la cuna abad comendador de la Trapa: la muerte de Dionisio lizo á Armando cabeza de su familia, y le puso en posesion de la abadía de su hermano, en virtud del antiguo abuso de los beneficios convertidos en una es-

pecie de bienes patrimoniales. Admitido en la Orden de Malta, aunque ya era el mayor de sus hermanos, sus padres le dejaron en la carrera de la Iglesia.

Admirado de las felices disposiciones de su hijo, el padre Rancé le dió tres preceptores: el primero le enseñaba el griego, el segundo el latín, y el tercero vigilaba sus costumbres,—tradiciones de educación que ascendían á los tiempos de Montaigne: los togados eran entonces muy eruditos, como lo acreditan Pasquier y el presidente Cousin. Salido apenas de mantillas, Armando explicaba los poetas de Grecia y Roma. Habiendo vacado por entonces un beneficio, púsose en la lista de los recomendados al ahijado del cardenal de Richelieu.—El clero murmuró; el P. Caussin, jesuita y confesor del rey, hizo llamar al abad niño. Tenía Caussin sobre su mesa un *Homero*, que presentó á Rancé; este le explicó un pasaje á primera vista. Creyó el jesuita que el muchacho se ayudaba con el latín escrito al márgen del texto, y con los guantes tapó la glosa, pero el escolar continuó traduciendo como antes. *Habes lynceos oculos*, exclamó el P. Caussin; luego le dió un abrazo y no volvió á oponerse á los favores de la corte.

A la edad de doce años (1638) dió Rancé su *Anacreonte*, precocidad de instrucción cuya posibilidad demuestra la evidencia de lo que se cuenta de Saumaise y de los niños célebres. Rancé, á los 68 años, en una carta al presbítero Nicaise, se confiesa autor del comentario.

Publicóse el *Anacreonte* griego bajo la protección del cardenal de Richelieu: CharJon de la Rochette dió la traducción de la epístola dedicatoria, que podría ser mas concisa, pero no mas exacta. Es cosa aiosa oír al que debía desdeñar al mundo hablar al que no aspiraba mas que á avasallar: la ambición es propia de todas las almas: dirige á las pequeñas; y es dirigida por las grandes.

Con estas palabras empieza la epístola:

«Al grande Armando Juan, cardenal de Richelieu, Armando Juan Le Bouthillier, abad.

»Salud y larga prosperidad. Acostumbrado en mis tempranos años á imbuirme de los sentimientos de gratitud, etc.

»La lengua griega es tambien la lengua de las Santas Escrituras, etc.

»He consagrado al estudio de esta lengua los mismos desvelos que á la de los romanos, etc.

»Consagrándome todo entero al servicio de vuestra eminencia...»

Una de las inmortalidades contradictorias de Richelieu es haber tenido por panegiristas á Rancé, escoliasta de *Anacreonte*, y á Corneille, que tambien se convirtió á la penitencia: los *Horacios* están dedicados al perseguidor del *Cid*.

Los escolios, en el *Anacreonte* de Rancé, siguen á las odas una á una; las composiciones en loor del jóven traductor, impresas al frente de la obra, no dan ciertamente una elevada idea del porvenir del Santo. Había en los colegios una especie de infancia mitológica que pasaba de una generacion á otra. «¿Qué votos formas, cantor de Teos, dice uno de los rapsodistas de aquellas composiciones, ardes por Batilo, por Baco ó por Citerea? ¿Te gustan las danzas de las doncellas? Aquí tienes á Armando (de Rancé) que aventaja á Batilo y á las doncellas, si posees á Armando, vive feliz.»

¡Singular anuncio del Santo! Me acuerdo que uno de los paseantes nos explicaba en el aula la égloga del Alexis, suponiendo que este era un escolar indócil que desoía las palabras de su afectuoso maestro. ¡O cándido pudor cristiano!

Andando los tiempos, Rancé arrojó á la lumbre lo que le quedaba de la edicion del *Anacreonte*, de la cual subsisten algunos ejemplares en la biblioteca del Rey. Un viajero anónimo,—ya se ha averiguado que

era el presbítero Nicaise,—en un viaje hecho á la Trapa en vida de Rancé, cuenta una conversacion que tuvo con el abad. Este le dijo: «Que no había guardado en su biblioteca mas que un ejemplar del *Anacreonte*; que había dado dicho ejemplar á M. Pellisson; no como un buen libro, sino como un libro muy curioso y bien encuadernado; que en los dos primeros años de su retiro, antes de ser religioso, había querido leer los poetas, pero que conociendo que esto no hacia mas que despertár sus antiguos pensamientos, y que hay en esta lectura un veneno sutil, escondido bajo las flores, que es muy peligroso; por último había abandonado semejante lectura (1).»

El 6 de abril de 1692 escribía al presbítero Nicaise: «Mi trabajo sobre *Anacreonte* es cosa insignificante; ¿qué puede pensarse á la edad de doce años que merezca aprobacion? La verdad es que me gustaban las letras y me recreaba con ellas.»

Protegido por Richelieu y muy querido de la reina madre, Rancé entraba en la vida bajo los mas felices auspicios. María de Médicis le profesaba una ternura de abuela, lo cogía sobre sus rodillas, lo llevaba en brazos, lo besaba: un dia dijo al padre de Rancé: «¿Por qué no me habeis traído aun mi hijo? no me gusta estar tanto tiempo sin verlo.» Estas distinciones hubieran pasado por el colmo de la fortuna; pero venían de la viuda de Enrique IV y de la madre de la esposa de Carlos I. Nada faltaba á la opulencia del escolar; provisto de una canongía de Nuestra Señora de Paris, y abad de la Trapa, disfrutaba el priorato de Bolonia cerca de Chambor, la abadía de Nuestra Señora de Val de San Sinfiriano de Beauvais: era prior de San Clementino en Poitú, arcediado de Ouvre Mayenne en la iglesia de Angers y canónigo de Tours; favores obtenidos de Richelieu por el crédito de *Anacreonte*.

Hacia esta época, dicen, pasó el jóven Bouthillier por una prueba muy árdua. Richelieu había roto con María de Médicis: mejor hubiera hecho la reina italiana en continuar la construcción del palacio de Luxemburgo y del acueducto del Arcueil, y en perfeccionar su propio retrato grabado en madera por ella misma. Bouthillier el padre, que perseveraba adicto á la causa de María, quiso obligar á Rancé á dejar de ver á su padrino, pero Rancé siguió fiel al cardenal, y hasta su muerte continuó visitándole en secreto. Tales son las tradiciones conservadas en las biografías; pero la cronología las echa por tierra, pues cuando María de Médicis se refugiaba en los Países-Bajos, Rancé no tenía mas que tres ó cuatro años.

El 4 de diciembre de 1642, murió Richelieu, en el décimo octavo año de su ministerio. El genio es un poder por cuya era es preciso contar: el padre José, *Marion de Lorme* y la *Gran Pastoral*, son miserias sepultadas antes que el hombre á quien estuvieron unidas.

Bajo la regencia de Ana de Austria y el ministerio de Mazarino, continuó Rancé su educación. En sus cursos de filosofía y teología obtuvo triunfos que la sociedad de entonces veía con vivo interés; dedicó su tesis á la madre de Luis XIV. Un dia, apremiado por un profesor que apoyaba su opinion en un pasaje decisivo de Aristóteles, respondió que nunca había leído á este autor mas que en griego, y que si le enseñaba el texto procuraría explicarlo; el profesor no sabía el griego, cosa que ya sospechaba Rancé, quien citó entonces de memoria el original, y manifestó la diferencia que existía entre el texto y la version latina.

Rancé tuvo la felicidad de encontrar en las aulas uno de aquellos hombres que ilustran al que

(1) Correspondencias del presbítero Nicaise, 5 vol. en 4.º (Biblioteca Real de Paris).

se sienta á su lado; aquel hombre fue Bossuet. Rancé empezó por la corte y acabó por el retiro; Bossuet empezó por el retiro y acabó por la corte; el uno fue grande por la penitencia, el otro lo fue por el genio. Al licenciarse, Bossuet no alcanzó mas que el segundo puesto; Rancé obtuvo el primero, lo cual se atribuyó á su nacimiento, y ni envaneció á Rancé ni humilló á Bossuet.

Rancé predicó con aplauso en varias iglesias. Su elocucion era impetuosa como lo fue mas adelante la de Bourdaloue, pero conmovia mas y no hablaba tan apriesa.

En el año 1648 se abrió la brecha que asaltó la Francia para escalar la libertad. En aquella sangrienta bacanal todos los papeles se trocaron; las mujeres se volvieron capitanes; el duque de Orleans escribía cartas dirigidas á las *Señoras condesas mariscales de campo en el ejército de mi hija, contra el Mazarino*.

Bossuet, el consejero, era el grande hombre; Conde, un personaje de poca importancia, enjaulado en Vincennes por un sacerdote; el coadjutor esperaba en San Dionisio el saqueo de Paris, para que madama de Sevigné, segun decia, *lo pasase por las manos*. Mazarino y Turenne eran dos galanes enamorados, el uno de la reina, el otro de madama de Longueville, mientras que Carlos I caía bajo el hacha de Cromwell y la hija de Enrique IV se moría de frio en el palacio de Louvre. Cada dia veía aparecer nuevas gacetas: el *Correo Francés* y el *Correo extravagante* estaban escritos en versos burlescos; apenas se hallan entre un diluvio de insulseces, algunas líneas como estas:

«El jóven Tancredo de Rohan fue el primero que llevó nuevas á los Campos Eliseos de la cruel guerra que había encendido en Francia el cardenal Mazarino. Cuando el barquero Caronte pasó en su barca al valeroso mancebo, le enseñó los deliciosos campos donde se solazan los principes y los héroes, y le dió una de las mas jóvenes y bizarras hadas para acompañarle hasta la puerta de aquel admirable recinto donde fue recibido con pesar á causa de su juventud.»

Mas adelante encontramos al duque de Ayuno con la *infanta Abstinencia* su esposa, apoderándose del castillo de Cuarema por mediacion del *Miércoles de Ceniza*.

Tales eran las lecturas con que nutria su espíritu el reformador de la Trapa, en medio de las sociedades que empezaron antes de la Fronda y acabaron con ella; en una de ellas en efecto conoció á madama de Montbazon. Aquellas sociedades eran de distintas especies; la primera y mas ilustre de todas era la del *hótel de Rambouillet*.

«Sociedades há largo tiempo desvanecidas, cuántas otras os han sucedido! Instálanse danzas sobre el polvo de los muertos, asi como brotan sepulturas bajo las pisadas de la alegría; reimos y cantamos en los sitios regados con la sangre de nuestros amigos. ¿Dónde están hoy los males de ayer? ¿Dónde estarán mañana las delicias de hoy? ¿Qué importancia podemos dar á las cosas de este mundo? ¿La amistad? La amistad desaparece cuando el que es querido cae en la desgracia, ó el que quiere sube al poder. ¿El amor? El amor es engañoso, fugaz ó culpable. ¿La fama? De ella participamos con la medianía ó con el crimen. ¿Las riquezas? ¿Y puede considerarse como un bien esta vanidad? Solo quedan aquellos dias llamados venturosos que se deslizan ignorados en la oscuridad de los cuidados domésticos, y no dejan al hombre ni el deseo de perder, ni el de empezar nuevamente la vida.»

Rancé tenía entrada franca en los principales salones de Paris, merced á sus amigos de la Fronda, personajes de quienes le veremos llevar cartas de recomendacion á Roma. El cardenal de Retz le hospedó

en su casa junto al Vaticano; Champvallon, arzobispo de Paris, vivía familiarmente con él. Luis XIV gustaba mucho de aquel prelado y se cree que lo eligió para celebrar su casamiento con madama de Maintenon, la cual expió su ambicion atreviéndose á escribir que se cansaba de un rey á quien ya no era posible divertir.

Rancé era tambien compañero de Chateaufort y de Montresor, nieto de Brantome; cazaba con el duque de Beaufort; en una palabra, estaba relacionado con todos aquellos seres insustanciales por medio de los familiares del hotel de Montbazon donde le habían introducido su trato con la duquesa de este título.

Acabadas las turbulencias de la Fronda, el abad Le Bouthillier residía ya en Paris, ya en Veretz, finca de su patrimonio y una de las mas risueñas de las cercanías de Tours, que hermozeaba todos los años, y donde perdía sus dias á la manera de San Gerónimo y San Agustin, como cuando en los ocios de mi juventud sepulté yo lo mios en el golfo de Nápoles. Rancé inventaba placeres; las funciones que daba eran brillantes, suntuosas sus festines; se forjaba delicias y no podía alcanzar lo que buscaba. Un dia, de acuerdo con tres mancebos de su edad, resolvió emprender un viaje á imitacion de los caballeros de la Tabla Redonda: hicieron una bolsa comun y se prepararon á ir á buscar aventuras, proyecto que se desvaneció cual humo. No distaban mucho estos devaneos juveniles de las realidades de la Trapa.

Lo mismo que Catalina de Médicis, cuya torre dedicada á sortilegios se ve todavía pegada á la rotunda del Mercado de Trigo, Rancé se dió á la astrología. El fondo de religion que había bebido en su educación cristiana luchaba con sus supersticiones; los avisos que creía recibir de los astros empezaban á trabajar en provecho de su conversion futura. A semejanza de los antiguos observadores de las revoluciones siderales, conocía las montañas de la luna antes de conocer las de la tierra. Un dia, detrás de la catedral de Paris, en la punta de la isla, estaba entreteniéndose en tirar á los pajarillos cuando ocurrió que dispararon sobre él y le hirieron otros cazadores desde la orilla opuesta, no debiendo él haber quedado con vida, mas que á la cadena de acero de que pendía su moral:—«¿Qué hubiera sido de mí, exclamó, si Dios me hubiera llamado á sí en aquel momento?»

En otra ocasion, hallándose en Vertz, oye que andan unos cazadores por entre las arboledas de su parque, y al punto corre hacia ellos y se precipita en medio de una reunion de oficiales á cuyo frente iba un calavera célebre por sus desafíos. Rancé se abalanza al delincuente y lo desarma. «Preciso es, decia luego el noble corsario, que el cielo haya protegido á Rancé, porque no acierto á comprender cómo no le he matado.» Des esta aventura hay otra version: unos cazadores apuntaron á Rancé que iba á caballo, acompañado de un lacayo, pero él se arrojó en medio de la cuadrilla, los hizo retroceder y les obligó á pedirle perdon.

Tonsurado el 21 de diciembre de 1635, bachiller en teología en 1647, licenciado en 1649, recibió en 1653 la borla de doctor de la facultad de Navarra; ya desde el año 1651, el arzobispo de Tours, en la iglesia de Santiago du Haut-Pas le había conferido juntamente las cuatro órdenes menores, el subdiaconado y el diaconado; pocos meses despues, el 22 de enero de 1651, se ordenó de sacerdote.

Verificada la imposicion de manos, solo faltaba proceder á una solemne ceremonia. Al pie de los Alpes venecianos he oído doblar por la noche las campanas en honor de un pobre levita que debía decir su primera misa al dia siguiente: para Rancé, los ornamentos y vestiduras preparados á la luz del sol, eran magníficos; pero ya fuese que se apoderasen de su alma ter-

rores del cielo, ya que considerase como licencias sacrilegas las que había obtenido, ya en fin que sintiese aquel espanto que se apoderaba de un reo demasiado joven cuando la Roma pagana le expedía dispensas de edad para morir, Rancé fué á esconderse á la Cartuja. Solo Dios lo vió en el altar. El futuro morador del desierto consagró sobre la montaña, al Oriente de Jerusalen, las primicias de su soledad.

«Lo que el mundo llama las pasiones hermosas, dice uno de los historiadores de Rancé, ocupaba su corazón: los placeres le buscaban, y él no huía de ellos. Jamás hombre alguno tuvo las manos mas limpias, gustó mas de dar ni menos de recibir.»

El presbítero Marsolier, cuyas palabras cito, estaba encargado de escribir la vida del reformador por orden del rey y de la reina de Inglaterra. Los preceptos de aquellas magestades caídas imprimen á la expresión del siervo de Dios aquel carácter atemperante y grave que inspira el infortunio en las altas gerarquías.

Mazarino no miraba con buenos ojos á los hombres que procedían de la Fronza; todavía gustaba menos de los protegidos de Richelieu y se oponía al adelantamiento de Rancé, adelantamiento á que tampoco se prestaba Rancé cuando no hallaba en él su conveniencia. Poco tiempo despues de haberse ordenado de sacerdote rehusó el obispado de Lyon, cuyas rentas no le parecían bastante cuantiosas; la Bretaña además distaba demasiado de la corte. Cuenta el padre Gervaise que la caza era una de sus diversiones favoritas: «Mas de una vez se le ha visto, despues de haber cazado tres ó cuatro horas por la mañana, andar el mismo dia en posta de 12 ó 13 leguas para ir á sostener una tesis en la Sorbona ó á predicar en París con tanta tranquilidad de espíritu como si acabara de salir de su despacho.» Habiéndole encontrado un dia Champvallon en la calle, le dijo: «¿Adónde vas abad; qué te haces hoy?—Por la mañana, respondió, voy á predicar como un ángel, y por la tarde á cazar como un diablo.»

El presbítero de Marolles, en sus Memorias, cita á Rancé: «Era este abad, dice, de un carácter tan suave y de un talento tan cultivado, que si el rey hubiese tenido á bien nombrarle coadjutor del ilustrísimo señor arzobispo de Tours, su tío, este hubiera tenido una grandísima satisfacción, tanto por el bien de su diócesis, cuanto por el honor de su familia.» «El arzobispo creyó al principio, continúa diciendo Marolles, que no había por mi parte en esto mas que pura cortesía; pero cuando conoció que me interesaba de veras á causa de las grandes esperanzas que fundaba en la capacidad del abad de Rancé, me dió las gracias.»

La inclinación militar de Rancé le llevaba á las escuelas de esgrima, y nada podía compararse á su alegría cuando lograba hacer saltar el florete de manos de un maestro de armas.

El traje de capricho del que debía vestir el sayal, era una ropilla morada de riquísimo paño; llevaba el cabello largo y rizado, dos esmeraldas en los vuelos y un soberbio diamante al dedo. En el campo ó cuando iba á caza, no se le veía encima ninguna insignia de los altares: «Llevaba, prosigue Gervaise, la espada á la cintura, dos pistolas en el arzon de su silla, una ropilla color de corza, y un corbatín de tafetan negro de donde pendía un bordado de oro. Si cuando iban á verle personas graves se ponía una ropilla de terciopelo negro con botones de oro, creía hacer mucho y vestirse regularmente. Rara vez decia misa.»

Nos quedan algunas páginas de Rancé tituladas *Memoria de los peligros que he corrido durante mi vida y de que solo me ha preservado la bondad de Dios*. A la edad de cuatro años, dice el autor del *Memento*, me atacó una hidropesía, de la que nadie creía que llegase á sanar. A los catorce años tuve vi-

ruelas: una vez probando un caballo en un patio, le paré dos veces delante de la puerta de una cuadra hasta que desbocándose, atravesó dos puertas; que fue una especie de milagro que pudiera hacerlo sin matarme.

Siguen otros cinco ó seis accidentes de caballos que prueban el arrojo y serenidad de Rancé. He visto algunos borradores de Bonaparte cuando joven; Bonaparte iba clavando piquetes en el camino de la gloria como Rancé en el camino del cielo.

Estos peligros á que le exponía la casualidad hicieron grande impresion en una persona sesuda en quien empezaban á nacer graves reflexiones. Relacionándose con una mujer que ya había pasado de la primera juventud, Rancé hubiera debido echar de ver que la viajera había recorrido antes que él una parte de camino.

Madama de Montbazon fue objeto de la pasión de Rancé hasta el dia que este vió ondear un cilicio entre las nubes de la juventud. «Mientras me ocupó de estas cosas criminales, dice un anacoreta, las abejas revolotean por la margen de los arroyos para libar la miel tan dulce á mi lengua que pronuncia tantas palabras injustas.»

Con arreglo á la idea que generalmente se forma de Rancé, no se verá sin admiracion esta pintura de su primera vida, y sin embargo, no se puede dudar de estos hechos, pues que los refiere el mismo Le Nain, amigo de Rancé, y prior de la Trapa, encerrándolos en estas pocas palabras:

«Una juventud pasada en los placeres de la corte, en las vanas y aun reprobables investigaciones de las ciencias, despues de haber abrazado el estado eclesiástico sin mas vocacion que su ambicion, que le arrastraba con una especie de furor y ceguera á las primeras dignidades de la Iglesia; este hombre, todo sumergido en el amor del mundo, se ordenó de sacerdote, y el que había olvidado la senda del cielo, es recibido doctor en la Sorbona. Tal fue la vida de Mr. Le Bouthillier hasta la edad de treinta años, siempre en festines, siempre en jaranas, en el juego, y en las diversiones del paseo y de la caza.»

Lo mismo ha dicho doscientos años despues el cardenal de Bausset.

No habiendo podido conseguir el arzobispo de Tours, el principal ambicioso de su familia, obtener por coadjutor á su sobrino Rancé, le hizo nombrar, en calidad de arcediano de Tours, diputado á la asamblea del clero en 1645, y al mismo tiempo presentó su dimision de limosnero mayor del duque de Orleans, despues de haber obtenido que le sucediera en este cargo el abad. Dos años duró la asamblea del clero y solo durante el primero asistió á ella Rancé; allí estrechó los lazos que le unian al cadernal de Retz, capaz él solo de emponzoñar las naturalezas mas privilegiadas. En esta asamblea aumentó Rancé su reputacion acudiendo en auxilio de Francisco de Harlay, arzobispo de Rouen, que luego fue arzobispo de París. El clero comisionó al abad Le Bouthillier para vigilar con los obispos de Vence y de Montpellier, una edicion griega de Eusebio, ó segun otros de Sozomeno ó de Sócrates. Nombrado limosnero mayor del duque de Orleans, firmó el formulario, pues aunque de conducta diferente en todo, seguía las doctrinas de Bossuet. Como parlamentario era fiel á la corte, y en varias discusiones que se suscitaron, manifestó grande inteligencia en los negocios, lo que le ocasionó algunos enemigos, hasta el punto de no faltar quien le aconsejase la retirada por no considerar segura su vida; temor infundado, pues Mazarino no era hombre que hacia asesinar. Rancé despues de haber ido á dar las gracias á Gaston en Blois, se retiró á Veretz donde continuó sus alegres pasatiempos. Poco despues ocurrió el accidente que cambió su vida.

Hay un silencio que agrada en todas estas cosas, hoy tan completamente ignoradas y que lo trasladan á uno á los tiempos pasados. Removiendo estos recuerdos que se van como polvo, ¿qué se saca sino una prueba mas de la vanidad del hombre? Dramas ya acabados que producen las fantasmas en los cementerios antes de la primera hora del dia.

LIBRO II.

Existe un tratado de 230 páginas en dozavo, impreso en Colonia, por Pedro Marteau en 1685, con estos dos títulos: *Los verdaderos motivos de la conversion del abad de la Trapa, con algunas reflexiones sobre su vida y escritos, ó los Coloquios de Timócrates y Filandro sobre un libro titulado: Los santos deberes de la vida monástica*. En otra ocasion hablaré de esta segunda parte; lo que de ella voy á citar actualmente no es mas que por incidencia. Dice así:

«Ya os he dicho que el abad de la Trapa era muy enamorado. Su último galanteo fue con una duquesa famosa por su hermosura, y que despues de haber felizmente evitado la muerte al pasar un rio, la halló pocos meses despues. El abad, que iba de cuando en cuando al campo, se hallaba en él cuando ocurrió esta muerte imprevista. Sus criados, que no ignoraban su pasión, cuidaron de ocultarle aquel triste suceso que supo á su vuelta.» No hay una palabra de verdad de lo que se cuenta de la duquesa de Montbazon, dice el memorialista, fuera de las cosas que han dado curso á esta ficcion. Yo se lo pregunté francamente al abad de la Trapa, y hé aquí lo que me respondió.»

La autoriad seria decisiva si la respuesta fuese perentoria. En vez de esplicarse, el duque de Saint-Simon pasa á contar las relaciones de Rancé con los personajes de la Fronza; pero por lo demás asegura, como el P. Gervaise, que la duquesa murió de sarampion; que Rancé estaba junto á ella; que no la dejó ni un instante y que la vió recibir los sacramentos. «Despues, añade, se fué el abad á su quinta de Veretz, lo cual fue el principio de su separacion del mundo.» De estas finales palabras puede colegirse hasta qué punto se enajenaba Saint-Simon. Los contemporáneos admiradores de Rance, parecen haberse concertado para no hablar de su juventud, sin advertir que menoscaban la gloria de su héroe, haciendo menos meritorios sus sacrificios, cosa tanto mas extraña, cuanto dicen bastante para descubrir lo que omiten, unas veces anunciando que un religioso se había sepultado en la Trapa, por haber hecho lo que había turbado á Rancé, y otras que el mismo Rancé no cesaba de llorar sus fragilidades. «El abad de Rancé, entregado á todas las seducciones del mundo, dice el cardenal de Bausset, se precipitó en un género de vida poco adecuada á la santidad de su estado, y que degradaba en cierto modo el triunfo que había obtenido sobre su ilustre émulo... El abad de Rancé expiaba bajo el cilicio y el sayal los devaneos de su juventud.» Maupeon, uno de los tres historiadores contemporáneos del abad de la Trapa, había leído la relacion Larroque, y la impugnó sin destruirla. Lo único nuevo que nos comunican es la exhortacion que hizo Rancé á la moribunda.

Maupeon había compuesto una obra expresamente contra Larroque, y Rancé, al tener noticias de sus intenciones, se apresuró á escribirle: «Vuestra obra alentará á la crítica; dará ocasion á réplicas y me acarreará una infinidad de enemigos. Dios sabe lo mucho que os estimo y considero; mas con todo no puedo menos de suplicaros que renunciéis á la obra, si es posible. Estoy tan persuadido de que lo mejor es guardar silencio en esta ocasion, que nunca he querido que se imprimiese lo que había pensado poner en el prefacio de la segunda edicion de las *Ilus-*

traciones, á pesar de ser ello tan moderado. Nada tengo que añadir á este billete, amigo mio, sino que nada os podré agradecer tanto como el que os conforméis con mi modo de pensar (1). (17 de marzo de 1686).

La vivacidad con que escribe Rancé á Maupeon revela grandes inquietudes. El P. Bonhours refutó tambien los *Verdaderos motivos de la conversion del abad de la Trapa* en su diálogo 4.º, páginas 528 y 529; pero todo lo que dice se reduce á varias declaraciones sin pruebas.

Marsolier, segundo escritor de la vida de Rancé, guarda tambien silencio, pero Le Nain, el tercero, el mas completo, el mas seguro escritor de esta vida, había oido hablar de Larroque. Pedro Le Nain murió á la edad de 73 años siendo subprior de la Trapa. Como amigo y confidente de Rancé, se espresó de este modo en el libro III, cap. 9.º de la Vida del Reformador.

Además de todos estos libelos se publicó otro por un hugonote con este título: *Motivos de la conversion del abad de la Trapa*; pero el autor de las *Homilias familiares* sobre los mandamientos de Dios, tomo III, pág. 378, lo refuta admirablemente diciendo: «Se que un ministro hereje ha hecho cuanto ha podido por desacreditar á un santo abad, pero tambien me consta que toda la Francia y los países circunvecinos han considerado este miserable libro como un libelo infamatorio, y á su autor como un impostor que funda todas sus calumnias en juicios los mas temerarios que se pueden imaginar; como si para destruir las mas brillantes y sólidas virtudes, bastase decir temerariamente que no tienen otro origen mas que el orgullo del que las practica.» Así se exime Le Nain del cuidado de responder. Las aplicaciones del autor de las *Homilias familiares* son naturales, pero no destruyen ninguna asercion.

Un diluvio de reprobaciones católicas ha caido sobre el hecho aislado referido por una pluma protestante; pero si bien pueden imparcialmente negarse los errores asentados sobre la juventud de Rancé, no se pueden negar relaciones que atestiguan toda la historia: sin duda se ha pretendido, mostrando pecador á Rancé, disminuir la autoridad de los ejemplos de su virtud. Y sin embargo, ¿no debieron San Gerónimo y San Agustin sus últimas fuerzas á sus primas flaquezas? Una confesion franca hubiera libertado á Rancé para siempre de las calumnias. No se le acusaba directamente de la culpa, es verdad, porque hubiera sido preciso acusar á toda la tierra; pero se acriminaba la vida entera de un hombre para consolarse de lo que callaba. Fuerza es reconocer, no obstante, que el silencio de Rancé es terrible, y que da que dudar á los mejores críticos: un silencio tan largo, tan profundo, tan completo, se alza ante nuestra mente como una barrera insuperable. ¿Y qué, un hombre no ha podido desmentirse un solo instante! ¿Cómo? ¿el silencio absoluto podría pasar por una verdad! Este dominio de un hombre sobre si mismo espanta. Rancé no dirá nada, se llevará to la su vida á su sepulcro. Es preciso temblar delante de semejante hombre.

Así es que ni los que desechan la anécdota de Larroque ni los que la admiten alegan prueba ninguna de su negacion ó de su afirmativa. Los incrédulos no tienen en su favor mas que la inverosimilitud del ataud demasiado corto, y en efecto ¡era tan fácil alargarle para dar el espacio necesario á aquella hermosa cabeza que tantas veces se había reclinado en el seno de la vida! Pero supongamos con Saint-Simon, como él lo insinúa, que la degollacion fue únicamente obra de un estudio anatómico, y todo se explicará. No sería imposible que despues del fallecimiento de la duquesa de Montbazon, Rancé obtuviese la reliquia que

(1) Maupeon, tomo I, pág. 581.